

rios, aparentemente al menos, por más que en el fondo se obedezca á una marcha dada y se haga con un fin preconcebido: el de variar de impresiones, el de enseñar tal ó cual cosa, el de atender al desenvolvimiento de esta ó la otra facultad, el de favorecer el ejercicio de tales ó cuales aptitudes ú otros análogos.

Se comprende también que, según las localidades, así serán los juguetes, de algunos de los que trata en este capítulo, á que se acuda con preferencia. El *Neceser del naviero*, por ejemplo, se preferirá al de *construcción de puentes* en las poblaciones del litoral; las cajas que tengan relación con faenas é industrias del campo son más propias para los pueblos agrícolas que el *Neceser del ebanista*, y así de los demás. Pero entiéndase que esto no quiere decir que deba prescindirse de tales ó cuales juguetes en estas ó en las otras escuelas, sino que en el caso de no poderlos tener todos, se adquieran con preferencia los que más relación tengan con la indole especial de la localidad de que se trate, y que, aun habiendo otros, sean preferidos á éstos en su empleo.

Creemos innecesario advertir que estas indicaciones no se refieren á los dones de que hemos tratado en los capítulos precedentes ni á las modificaciones y ampliaciones de ellos, que tienen por objeto ciertas enseñanzas (los cubos *rompecabezas*, los *dominós geográficos*, etc.), ó dar alguna variedad á los juegos de construcción, como, por ejemplo, los *cubos de colores* y las *cajas de arquitectura* propiamente dichas (1).

(1) Se entiende por lo dicho que son innumerables las modificaciones y ampliaciones que pueden hacerse del material relativo á los juegos manuales dentro del pensamiento de Fröbel y según sus indicaciones. De ellas parte, sin duda, la ingeniosa y útil caja que, conocida con el nombre de *Gimnástica de los sentidos*, tanto se ha generalizado en las escuelas de párvulos, y especialmente en los *Jardines de la infancia* después de la Exposición universal de Viena, en la que obtuvo un premio. Esta caja, que, como su nombre lo indica, tiene por objeto el ejercicio de cada uno de los cinco sentidos, puede servir para algunos de los ejercicios indicados en los capítulos precedentes, tales como los que para dar á los niños la noción del sonido citamos en el capítulo III.

Faltaríamos á un deber si no citásemos aquí la caja que, con el nombre de *Dones de Fröbel*, ha dispuesto el inteligente maestro de párvulos Sr. López Catalán †, más de una vez citado en esta obra, que contiene 239 piezas de madera (triángulos de varias clases, paralelepípedos rectangulares y cuadrangulares) y de varios colores, con algunas otras circunstancias más, arregladas á los juegos y trabajos de Fröbel, por lo que la consideramos digna de figurar en un *Jardín de la infancia*, máxime siendo obra ideada por un maestro español y ejecutada por artistas españoles.

Srita. Prof. Josefa de la Cruz

SECCIÓN SEGUNDA

DE LOS TRABAJOS MANUALES

CAPÍTULO PRIMERO

NOCIONES GENERALES

I. Idea general de los trabajos manuales y del material que requieren.—II. Fundamento en que descansa la serie de ejercicios de que trata esta sección.—III. Determinación de dichas series, explicando el orden con que deben presentarse á los educandos; ejercicios que pueden practicarse con ocasión de las mismas y marcha que debe seguirse en su desenvolvimiento.—IV. Principales fines pedagógicos á que deben encaminarse estos ejercicios.—V. Diferencias más importantes entre los juegos y los trabajos manuales.—VI. Observaciones relativas á la cultura moral y técnica que implican los trabajos manuales: objeción que se hace á estas ocupaciones.

I

Los ejercicios á que llamamos *trabajos manuales* son aquellos mediante los cuales salen de manos de los niños pequeñas y variadas obras de papel ó de otras materias (como, por ejemplo, paja de colores, cintas, cuero y tela), y consisten en hacer con dichos materiales tejidos con los que se confeccionan diversos objetos, como estuches de varias clases, carteras, joyeros, portamonedas, canastillos, etc., ó bien se realizan formas ó dibujos diferentes, ya haciendo verdaderos tejidos entrelazando tiras de papel ó cintas, ora recortando y picando el papel, ya plegándolo, ó bien propiamente dibujando.

Generalmente, sólo se emplea en estos sencillos y atractivos trabajos pedazos y tiras de papel de colores vivos, que llamen la atención de los niños y los inciten á combinarlos, atraídos por los contrastes é impresionados por el brillo de esos mismos colores. Plegaderas y agujas de madera, punzones y tijeras convenientemente dispuestas, pizarrines, lapiceros de varias clases y encerados especiales, papel cuadriculado y colecciones de modelos completan el material que requieren los trabajos manuales.

II

Para buscar la razón ó el fundamento de los trabajos en que nos ocupamos como formando parte de los ejercicios de los *Jardines de la infancia*, basta con que recordemos lo dicho en el párrafo IV del capítulo III de la parte primera.

En efecto; la tendencia que el niño manifiesta á ocuparse manualmente, aun antes de ser capaz de producir alguna cosa, y á agrandar á sus padres y á las demás personas que le rodean, obsequiándolos con obras que sean producto de su propio trabajo, hijas de sus esfuerzos, son los motivos que indujeron á Fröbel á introducir en sus escuelas de párvulos los llamados *trabajos manuales*, que tanto se acomodan á la naturaleza infantil, y que tan de acuerdo están con las ocupaciones que espontáneamente escogen los niños en sus más tiernos años, impulsados por el aguijón de su actividad, siempre anhelosa de ejercitarse, y guiados por el espíritu de imitación, que les lleva á remedar las faenas que ven ejecutar á las personas mayores que les rodean.

A estos motivos hay que añadir otro, cual es el que surge del principio, que es ley en el método fröbeliano, de que la educación debe ser integral, y, en lo tanto, atender lo mismo que al espíritu al cuerpo, á la mano lo mismo que á los sentidos, desarrollando las aptitudes especiales y preparando, no sólo para el trabajo intelectual, sino también para el manual.

Pedazos y tiras de papel y de trapo son los materiales que primeramente escogen los niños entregados á sí mismos para esta clase de ocupaciones, pues son los que más á mano tienen y los que con mayor facilidad pueden emplear. Esta es también la razón de que el papel sea el primer elemento de los trabajos en que se ocupan los alumnos de los *Jardines de la infancia*, trabajos que responden á las exigencias de la naturaleza infantil, no sólo por su índole, sino también por sus tendencias y resultados, en cuanto que al satisfacer el instinto y la aspiración á que antes nos hemos referido, desenvuelven, de una manera apropiada á esa misma naturaleza, según inmediatamente veremos, aptitudes y disposiciones que necesita cultivar, desde que se hallan en germen, toda buena educación.

El fundamento, pues, de los trabajos manuales hay que buscarlo, además de en los principios constitutivos del método, que ligeramente hemos apuntado, en la misma naturaleza infantil; está en ese instinto que lleva al niño á imitar lo que ve en sus mayores, á querer trabajar como éstos, y en ese deseo que siente de agasajar y proporcionar algún placer á las demás personas, con obras que sean fruto de su propio trabajo, deseo en el que va envuelta la satisfacción interior que sentimos cuando nos consideramos capaces de servir para algo, de producir algo, y vemos que con lo que hacemos ó producimos proporcionamos alguna alegría ó algún beneficio á nuestros semejantes, especialmente á aquellos con quienes tenemos que guardar mayores consideraciones, ó para los que nuestro respeto y nuestro amor son más grandes.

III

Determinemos las series en que se dividen los trabajos manuales, el orden con que deben presentarse, los ejercicios que en cada una de ellas caben y la marcha con que deben desenvolverse.

Observando con alguna atención los juegos y simulacros de trabajos en que se ocupan los niños pequeños, es fácil advertir la preferencia que dan á las tiras y pedazos de papel, entreteniéndose en trenzar ó entrelazar las primeras, y en hacer pajaritas, barquitas, monteras y otros objetos, y plegando de varios modos los segundos. Estas dos ocupaciones, á que respectivamente damos el nombre de *entrelazado* y *plegado*, son las primeras en que el niño se ejercita espontáneamente tratándose de trabajar con papel; y como además son las más fáciles y sencillas y las más conocidas del educando, creemos que por ellas, y en el orden que las dejamos mencionadas, debe empezarse en los *Jardines* la serie de los trabajos manuales. Otra razón tenemos en abono de la prioridad que damos á dichos trabajos, y es la de que para su realización no necesitan los niños hacer uso de instrumento alguno.

A las dos ocupaciones mencionadas debe seguir la del *tejido*, menos conocida de los niños, por lo que no es tan frecuente verlos ocupados en ella. El tejido es más difícil de realizar que el entrelazado y el plegado, pues requiere cierta destreza en la mano y costumbre de manejar las tiras de papel, por lo que es conveniente que le preceda el entrelazado y aun el plegado. Por otra parte, el *tejido* requiere ya el uso de un instrumento, siquiera sea sencillo é inofensivo y pueda prescindirse de él con frecuencia; pero aun así y todo, debe tenerse en cuenta esta circunstancia para determinar la ocasión en que deba presentarse á los alumnos.

No contentos los niños con entrelazar y plegar el papel, se entretienen con frecuencia en recortarlo ó en realizar en él dibujos por medio de picaduras hechas con una aguja ó un alfiler. Estas ocupaciones, que son muy comunes en los niños de corta edad, se aprovechan también en los *Jardines*, donde, bajo el nombre de *recortado* y *picado*, dan lugar á series muy interesantes de ejercicios. La razón de requerir instrumentos con los que puedan causarse algún daño los niños, la mayor dificultad que entrañan por las preparaciones que exigen, principalmente, y la circunstancia de necesitar como preparación nociones de las que se suministran á los alumnos mediante algunos de los últimos juegos manuales, son los motivos que nos inducen á creer que no deben presentarse hasta después de que los educandos se hayan ejercitado en el tejido, y tengan adestrada la mano y con alguna seguridad el pulso, para poder hacer buen uso de tijeras y punzones ó alfileres.

Refiriéndose al picado, que parece ofrecer menos peligros, por lo mismo, sin duda, que los niños se entregan á él espontáneamente desde muy pronto, hace Goldammer recomendaciones que prueban la razón con que nosotros procedemos al colocarlo en último término, entre las ocupaciones manuales, no obstante colocarlo dicho autor en primer lugar, como preparación para la costura.

La afición que aun los niños más pequeños tienen al *dibujo*, la observamos diariamente y de un modo palmario. Cuando no tienen á mano un lápiz, con la pluma, y cuando ni de ésta pueden valerse, echan mano de cual-

quier cosa que les sirva para llenar de garabatos, á que llaman dibujos, los papeles que encuentran, los pavimentos y hasta las paredes de las habitaciones. Un palito ó los mismos dedos hacen las veces de lápiz para dibujar en tierra seca y suelta ó en arena. Esta disposición en favor del dibujo se aprovecha también en los *Jardines*, dando lugar á la última serie de trabajos manuales. La preparación gradual que requiere y que se la da en el método de Fröbel, y el constituir una verdadera enseñanza, son motivos que aconsejan presentarlo como el último de los trabajos manuales, máxime cuando el recortado, y sobre todo el picado, con el que puede alternar, le sirven de verdadera y conveniente preparación.

Tenemos, pues, que los llamados *trabajos manuales* dan lugar en los *Jardines de la infancia*, á seis series, á saber: 1.^a, el *entrelazado*; 2.^a, el *plegado*; 3.^a, el *tejido*; 4.^a, el *recortado*; 5.^a, el *picado*, y 6.^a, el *dibujo*.

Es aplicable á los trabajos manuales lo que respecto de los ejercicios que han de practicarse en cada serie decimos con ocasión de los juegos en el párrafo II del capítulo primero de la sección precedente; pues tampoco puede, en efecto, determinarse, en el caso que nos ocupa ahora, el número de los ejercicios, los cuales serán, como en los juegos, de dos clases: *de inteligencia*, como aquéllos, y *de realización de formas, ya copiadas ó imitadas* de modelos, ora *inventadas* por los educandos; siendo también unas y otras, *matemáticas* (no con la extensión que en los juegos), *de objetos comunes* (cuya esfera es también más limitada tratándose de los trabajos) y *artísticas ó simétricas* (que son las que preponderan). En cuanto á la marcha que ha de seguirse en el desarrollo de los ejercicios á que dan lugar las diversas series de trabajos manuales, es también aplicable á éstos lo que en el lugar citado decimos respecto al orden que conviene seguir al desenvolver los ejercicios de que tratan los ocho capítulos precedentes.

IV

He aquí los fines educativos á que debe aspirarse, y en efecto pueden conseguirse, con el auxilio de las ocupaciones ó trabajos manuales.

Ya hemos dicho (párrafo IV, capítulo III de la parte primera) que trabajar con un fin determinado es cumplir un deber, y cumplir deberes lo más temprano que sea posible es muy importante para la educación moral. Habituarse al niño desde muy pequeño á someterse á la ley del trabajo, á cumplir sin esfuerzo el deber que todos tenemos de trabajar, y juntamente con ello á ejercitar su paciencia, de que con cierta perseverancia y atención necesita hacer uso en el curso de estos trabajos, es uno de los objetos capitales á que tienden las ocupaciones manuales, mediante las que también pueden despertarse y desenvolverse muy nobles sentimientos, si con discreción se dirige al niño respecto del empleo que haga de las obras, fruto de su trabajo. En algunos *Jardines* emplean los alumnos estas obras en regalos para sus padres, parientes ó amigos, y en rifas, cuyos productos sirvan para aliviar la miseria de los niños pobres, ó en proporcionar á éstos, valiéndose también de la rifa ó de la venta, objetos que les sirvan de recreo: «¡He aquí la moral práctica — dice la baronesa de Marenholtz: — hacer trabajar á los ricos para los pobres, y al niño pobre para sus parientes y bienhechores!»

Considerados desde otro punto de vista los trabajos de que tratamos, son una especie de gimnástica de los dedos y de la mano en general, de que

tanto ha de servirse el niño en el curso ordinario de la vida. Es tan importante este nuevo aspecto, que requiere algún desenvolvimiento.

Como el método de educación de Fröbel descansa sobre la actividad, sobre la *actividad personal* que produce y crea, se impone en él el desenvolvimiento de la mano como una necesidad imperiosa. Ya antes de ahora hemos dicho cómo se manifiesta en el niño el instinto del trabajo (véase principalmente el capítulo III, párrafo IV de la primera parte), y la significación que á esta tendencia atribuye Fröbel. Añadamos ahora, con la baronesa de Marenholtz, que hasta aquí se ha ocupado muy poco la educación de desenvolver la mano desde los primeros años de la vida, no obstante ser esta la época en que puede hacerse con más éxito, en cuanto que la blandura y la flexibilidad de los músculos hace que la mano del niño sea apta para toda clase de ejercicios así como para adquirir los hábitos que nos proponemos darle.

De aquí que en los *Jardines de la infancia*, á la vez que se ejercitan todos los músculos del cuerpo, mediante los juegos gimnásticos, se prepare, por medio de los trabajos manuales de que tratamos ahora, una suerte de *gimnástica especial para la mano*, con la cual se aspira á preparar convenientemente este primero é indispensable instrumento de trabajo físico, industrial y aun artístico, aprovechando para ello las inclinaciones que los niños muestran espontáneamente, y á que antes de ahora nos hemos referido. Los trabajos manuales tienden, pues, en las escuelas fröbelianas, no sólo á dar á la mano el desarrollo conveniente, sino al mismo tiempo á prepararla, como los sentidos, para toda ocupación técnica, haciéndole que adquiera, á la vez que la destreza que exige el futuro obrero, la destreza y la flexibilidad generales que todos necesitamos en la práctica de la vida. Esta cultura de la mano representa asimismo como una primera iniciación del párvulo en los trabajos industriales, iniciación que sirve grandemente á los intereses de la educación general, y entraña una gran influencia moralizadora, pues que mediante ella se desenvuelve en el niño su aptitud para el trabajo, y al propio tiempo el hábito y el amor de trabajar, que, como dice la mencionada baronesa, son verdaderos ángeles de la guarda de la infancia y de la juventud, que en ellos hallarán su firme garantía contra la miseria.

Trabajando, pues, el niño de la manera que requieren las ocupaciones de que tratamos, se habitúa, no sólo á manejar una materia frágil y delicada, sino á moderar la brusca espontaneidad de algunos de sus movimientos, y á distribuir convenientemente su fuerza muscular, con todo lo cual adquiere la mano cierto desarrollo y la destreza de que tanto ha de menester luego, sobre todo si el niño se dedica al desempeño de algún arte ú oficio. Y es tanto más importante este desarrollo, cuanto que á la vez se acostumbra al niño á manejar determinados instrumentos, cosa que tiene verdadera importancia, como todo lo que se refiera á la educación de la mano, á preparar este órgano esencial del trabajo, para desempeñar el papel que le está asignado en la economía de la vida en general y de la del individuo en particular.

Es, por tanto, otro de los objetos á que deben tender los ejercicios relativos á los trabajos manuales, la educación de la mano, preparar el niño para el trabajo industrial (pues al mismo tiempo se prosigue el desenvolvimiento de la vista y del gusto), lo cual tiene una gran importancia al presente en la vida, no ya sólo de los individuos sino de los pueblos, pues que esa educación influye mucho en el progreso de las artes y oficios, y, por con-

siguiente, en el adelanto de las naciones. No es España de los países que menos necesitan atender á este particular.

Acerca de este extremo ha dicho un norteamericano, muy experimentado en materias de educación, Mr. Harris, con motivo de la Exposición de Filadelfia: «Considerados desde el punto vista industrial, es como, según nuestras recientes experiencias, prometen los *Jardines de niños* los resultados más satisfactorios. En una edad tierna, cuando el niño, como una materia plástica, puede ser modelado á voluntad, se comienza en él una educación propia para proporcionarle la habilidad de la mano y la seguridad del golpe de vista. Diversas clases de obras manuales delicadas forman en esa época su percepción, desenvuelven su gusto y ejercitan su destreza. La influencia de los *Kindergarten* (Jardines de la infancia) se hará sentir sobre todo el resto de la educación; fortificada más tarde por un buen curso de dibujo industrial, podrá operar una revolución en las manufacturas de nuestro país y dar á sus productos la preferencia, así en los mercados extranjeros como en los nuestros» (1).

Y debe tenerse en cuenta que la influencia de esta preparación industrial no se circunscribe, como más arriba hemos apuntado, á los intereses materiales, sino que también refluye sobre los morales é intelectuales. En los primeros, no sólo por lo que ya hemos dicho de que al habituar al niño á someterse á la ley del trabajo se le habitúa también á cumplir ciertos deberes, sino porque al acostumbrar al niño á trabajar y al prepararle para que cuando sea mayor lo pueda hacer fácil y provechosamente, se le dan medios de preservación contra vicios y malas costumbres, que rebajan el nivel moral de la clase obrera. Ha de tenerse, por otra parte, en cuenta, que semejante preparación hace que los jóvenes sean desde luego buenos aprendices, y no debe olvidarse esta frase de Franklin: «He observado siempre — escribió en el codicilo á su testamento — que entre los obreros, los buenos aprendices se hacen buenos ciudadanos.» Desde el punto de vista de los intereses intelectuales, no sólo porque el trabajo material ó del cuerpo sirve de contrapeso necesario al intelectual, con lo que coadyuva á mantener el equilibrio entre los órganos que piensan y los que obran, sino porque la preparación de que tratamos constituye también una especie de gimnástica de la inteligencia por la forma en que se lleva á cabo.

Así, pues, conjuntamente con el desenvolvimiento moral y el físico á que acabamos de referirnos, se atiende mediante los trabajos manuales al desenvolvimiento intelectual; pues aparte de que sirven para perfeccionar el sentido de la forma, del color y del número, así como para ejercitar al niño en el análisis y la comparación, pueden proporcionarse con ocasión de ellos muchos y variados conocimientos, según en los capítulos siguientes veremos, pues, en general, dichos trabajos y los materiales con que se practican, se prestan, como los juegos, á la enseñanza geométrica, que tanto sirve para desenvolver la inteligencia, á lo cual coadyuva también el dibujo, que es uno de los trabajos manuales. Y al propio tiempo que con todo esto se con-

(1) Esto, que lo dijo M. Harris hace algunos años, ha empezado á realizarse; son evidentes los adelantos, los verdaderos progresos que en materias industriales ha realizado el pueblo norteamericano desde la citada Exposición, como se puso de manifiesto en la de Chicago, y lo están mostrando los hechos diarios. Está universalmente reconocido hoy, y proclamado por las autoridades menos sospechosas, que el sistema de educación de los anglosajones es el más adecuado para provocar esos progresos.

sigue poner en ejercicio la atención, se desenvuelve el sentido de la vista, y con la creación de nuevas formas, se perfecciona el sentimiento artístico, el sentimiento de lo bello y de la armonía.

Resumiendo lo dicho en este párrafo, resulta que los ejercicios que los niños practiquen á propósito de los trabajos manuales, deben tener por objeto respecto del educando:

- 1.º El desenvolvimiento moral, inculcando á los niños el sentimiento de varios deberes, particularmente los más importantes de los que se refieren al trabajo y á las relaciones con nuestros semejantes.
- 2.º Desarrollar la mano, preparándola para trabajar, y
- 3.º Proseguir el desenvolvimiento de la vista y el intelectual, así como el estético, preparando al niño para el trabajo industrial y artístico.

Tal es el sentido que tienen en los *Jardines de la infancia* los llamados *trabajos manuales* (1).

V

Lo dicho antes determina las diferencias capitales que existen entre los trabajos y los juegos manuales. Los primeros se refieren más y sirven más directamente á la enseñanza, mientras que los segundos tienden con especialidad á preparar para el trabajo industrial, educando, al efecto, la mano y el sentido de la vista. En los juegos prepondera la educación intelectual, y en los trabajos la moral. El orden con que se presentan las diversas series de juegos manuales subordina á una especie de progresión geométrica que, partiendo de lo concreto, conduce á la abstracción; mientras que en los trabajos se determina dicho orden por la mayor ó menor afición que los niños muestran espontáneamente hacia las diversas ocupaciones que los constituyen, por la facilidad ó dificultad naturales que ofrecen en su ejecución, y porque ésta requiera ó no instrumentos.

Una de las diferencias más importantes de las que existen entre los trabajos y los juegos manuales, consiste en que lo que los niños producen ó realizan mediante los segundos, se destruye al punto, mientras que las obras que se ejecutan por medio de los primeros deben conservarlas sin destruir, pudiendo regalarlas á las personas que tengan por conveniente, ó hacer de ellas el uso que quieran. Tratándose, pues, de los trabajos manuales se siente el niño productor con más motivo y más realmente que en los juegos, en los cuales apenas ha dado vida á sus concepciones cuando se ve obligado á destruirlas ó hacerlas desaparecer por completo. «A ejemplo de la madre naturaleza — dice á este propósito M. Jacobs — que produce y descompone eternamente para producir de nuevo, el niño ha destruido siempre las composiciones que ha creado á fin de poder emplear los materiales en la construcción de nuevas formas. Esta es la economía de la vida. Sin embargo, el niño debe aprender también que hay en ésta elementos que no se destruyen;

(1) Cuanto decimos en el capítulo primero de la sección precedente, con ocasión de la enseñanza, las lecciones de cosas y las conversaciones instructivas y educadoras (párrafos VI y VII), es aplicable á los trabajos manuales, cuyo material se presta también, aunque no tanto como el de los juegos, á los ejercicios de inteligencia y á la instrucción propiamente dicha: debe, pues, tenerse aquí en cuenta lo que en aquel lugar decimos.

debe aprender á conservar las cosas, á conservarlas puras é intactas, como importa que trate de conservar su alma en toda su pureza, en toda su inocencia.»

A esto debe añadirse, que en los trabajos manuales los ejercicios revisiten un carácter que los aproxima más que en los juegos al verdadero trabajo, y requieren, por lo tanto, un esfuerzo mayor de atención y más habilidad en la mano. No sólo por la forma y los medios que se emplean en ellos, sino también por el resultado, justifican los ejercicios de que trata esta segunda sección, el nombre de *trabajos manuales*, que no deben confundirse ni siquiera con los juegos estereométricos y de modelado. El niño mismo nos hace notar la diferencia que hay entre aquéllos y éstos. Cuando quiere jugar, modela en tierra, hace construcciones con pedazos de madera ó palitos; pero cuando su intención es trabajar, hace lo que ve hacer á sus mayores en las faenas domésticas: hace como que cose en trapos y papeles, recorta unos y otros, é imita con ellos las obras que ve salir de manos de sus padres, sirvientes, etc.

VI

De lo que hemos dicho relativamente á los fines que, en especial, deben perseguirse con los trabajos manuales, y de las diferencias entre éstos y los juegos de la misma clase, se colige que lo característico de dichos trabajos ha de buscarse en la influencia que mediante ellos puede ejercerse sobre la educación moral, y la cultura industrial ó técnica de los niños. Respecto de ambos puntos debemos hacer algunas observaciones, para la mejor inteligencia y la más recta aplicación práctica de los ejercicios que, á propósito de los trabajos manuales, practiquen los alumnos de un *Jardín de la infancia*.

Por lo que á la educación moral atañe, lo que principalmente debe procurarse es que los preceptos morales resulten y como que fluyan naturalmente de la acción misma en que intervengan los educandos; una *moral práctica ó en acción*, que se respire en la escuela, ha de ser el objetivo del educador, el cual debe huir todo lo posible de dar á dicha cultura un carácter teórico: hechos en vez de teorías; ejemplos que imitar en lugar de aforismos y definiciones que aprenderse de memoria; hacer adquirir prácticamente buenos hábitos en vez de pretender que los niños adquieran ideas que difícilmente comprenden;—tal debe ser el objetivo de una buena educación, y tal el sentido que, por lo que á la cultura moral se refiere, deben tener los ejercicios relativos á los trabajos manuales.

Claro es, que á propósito de ellos puede y debe darse en ocasiones algo de lo que llamaríamos *enseñanza moral*. Pero aparte de que ésta, siendo, como ha de ser, esencialmente educadora, necesita reunir las condiciones que en el capítulo primero de la sección que precede hemos determinado, ha de tenerse en cuenta que no debe abusarse mucho de las lecciones ó conversaciones que á este propósito tenga el educador con sus educandos. Así, concretándonos á las indicaciones que en los capítulos siguientes hacemos, sería un error de parte del profesor creerse obligado á repetir á los niños tales ó cuales conclusiones morales, siempre que trate de una clase determinada de ejercicios. Estas repeticiones, que por lo común disgustan á los niños, hacen que las ideas que mediante ellas se pretende inculcar pierdan su eficacia, porque los niños, cansados de oírlas, concluyen por no pres-

tarles atención. Supone, además, esto que decimos, un formalismo que se aviene muy mal con el carácter que repetidas veces hemos dicho que debe tener toda la cultura que se aspire á suministrar á los alumnos de los *Jardines de la infancia*.

Conviene, por lo tanto, que los educadores se penetren bien del espíritu de estas observaciones, que deberán tener en cuenta para la aplicación de las lecciones ó conversaciones sobre moral que, por vía de ejemplo de lo que puede hacerse en determinados casos, y para indicar el partido que puede sacarse de los trabajos manuales, formulamos en los capítulos siguientes. Si la teoría debe ser la que dirija al educador, tratándose de los educandos ha de ser la práctica, la acción, el medio por el cual adquieran la cultura moral que aquél aspire á infundirles. Ante ellos deben aparecer los principios como brotando de la acción misma, como consecuencias naturales de los hechos. Para explicar y fijar mejor éstos, así como para generalizar sus consecuencias, es para lo que debe acudir á la enseñanza oral, que siempre revestirá los caracteres que antes hemos señalado.

En cuanto á la cultura técnica que el trabajo manual implica, no debe exagerarse. Sin perder de vista los beneficios que mediante ella pueden proporcionarse á los niños de determinada clase social, á los que han de vivir del trabajo de sus manos, ha de tomarse dicha cultura en un sentido general y dándole un carácter que á todos los niños convenga. En tal concepto, puede tomarse primeramente como medio de asegurar el justo equilibrio de las facultades, en cuanto que si en cierto sentido favorece el desarrollo físico, en otro sirve, como todos los ejercicios corporales, de contrapeso necesario al trabajo intelectual. Deben en segundo lugar tomarse los trabajos manuales y la cultura técnica como medio de educación moral, estableciendo entre los alumnos ciertas relaciones de las cuales resulte la práctica, en pequeño, de determinados deberes sociales, al propio tiempo que se les haga adquirir el hábito del trabajo. Como medio de despertar aptitudes y favorecer vocaciones, han de tomarse también los trabajos manuales, que nunca habrán de tener el fin exclusivo (que por otra parte fuera imposible de realizar en la escuela de párvulos) de hacer que los niños adquieran un oficio, lo cual no corresponde ni á la escuela primaria, y representa una tendencia exagerada que tiene su origen en las teorías de Rousseau, y que ciertamente ha contribuido no poco á dar fuerza á los obstáculos que hasta aquí se han opuesto á que el trabajo manual éntre de un modo definitivo á formar parte de los programas de la primera enseñanza (1).

(1) Indudablemente que la tendencia indicada, en cuya virtud se ha querido dar al trabajo manual en la escuela primaria un carácter técnico muy pronunciado, tomándolo más que como un medio de *educación general* como un instrumento de *educación especial*, y mirando más que á la cultura de una de tantas tendencias y facultades de nuestra naturaleza á la preparación para el cumplimiento de un fin determinado, ha contribuido mucho á suscitar obstáculos contra dicho medio de cultura, el cual gana cada día más terreno, al punto de que los mismos alemanes, que han sido los que con mayor insistencia lo han rechazado, empiezan á mirarlo de otra manera, se apresuran á estudiarlo teórica y prácticamente, y en algunos puntos hasta le han dado cabida ya en sus escuelas primarias. Y es porque, aunque no se mire el trabajo manual desde el punto de vista general y amplio que acabamos de indicar, reviste una gran importancia como elemento de la educación primaria, en cuanto que tiende á facilitar la resolución de problemas que entrañan grandísimo interés, cuales son los que se rozan con el mejoramiento y los pro-

Para terminar, nos haremos cargo de una objeción que se hace á los trabajos manuales en los *Jardines de la infancia*.

Se dice que ofreciéndose á todos los niños el mismo material preparado de antemano, y dándoseles reglas prescritas también *à priori*, se les encadena y se les lleva á no producir sino obras ya previstas. Ante todo debe tenerse en cuenta, para comprender lo infundada que es semejante objeción, que los niños reciben sólo *materiales* que pueden transformar á su gusto, y no cosas hechas, y que las reglas no tienen por objeto hacer que todos hagan una misma cosa, sino guiar al niño en la manera de producir. Así sucede en las artes. Para todas las producciones artísticas necesitan los que las realizan de reglas, las cuales no se oponen en manera alguna á la originalidad, á que cada cual produzca obras diferentes de las que producen los demás. Con los mismos materiales trabajan los pintores, y, sin embargo, cada cual produce obras diferentes, que no estaban previstas. Basta con estas indicaciones para que se comprenda lo infundado de la objeción á que nos referimos. En los *Jardines de la infancia* lo que se hace es dar materiales mediante los cuales puede producirse, y al mismo tiempo se enseñan las reglas propias para esto, reglas mediante las cuales se hace que el niño aplique el principio de las transformaciones, con el auxilio de la ley de los contrastes y sus intermedios, de que oportunamente hemos hablado (en el capítulo III, párrafo II de la sección anterior principalmente).

grosos de las diversas clases de trabajos á que habrá de consagrarse la generalidad de los niños que asisten á las escuelas, los cuales salen de éstas sin ninguna preparación ó cultura relativa á la ocupación que ha de constituir su manera de vivir, mientras que los niños que se consagran á los trabajos de inteligencia, que son los menos, desde que entran en la escuela de párvulos reciben, en cierto modo, esa preparación especial y cultivan el principal instrumento de que más tarde han de valerse en el ejercicio de su profesión (la inteligencia), beneficio que no alcanzan los otros, respecto de los cuales no puede decirse con exactitud que la escuela es *el aprendizaje de la vida*, pues que uno de los aspectos de ésta no penetra en ella cuando se hace caso omiso del trabajo manual y de la cultura que implica.

CAPÍTULO II

EL TRENZADO Ó ENTRELAZADO

I. Explicación de este trabajo y del material que requiere.—II. Indicaciones para el ejercicio preliminar.—III. Lecciones de moral relativas al trabajo, á las profesiones y á los trabajadores.—IV. Indicaciones acerca de la marcha que debe seguirse en el entrelazado de las figuras que pueden realizarse mediante él: procedimiento que suele emplearse como premio y aplicación especial de esta ocupación para las niñas.

Consiste este trabajo en formar diversas figuras, por el estilo de las hechas con los listones, mediante tiras de papel largas y estrechas (suelen tener 20 ó 25 centímetros de longitud por uno de ancho) y de colores muy vivos, á fin de que llamen la atención á los niños y les hagan agradable la ocupación: conviene que el papel sea delgado y resistente.

Con el auxilio de estas tiras de papel imitan los niños formas artísticas, como las combinaciones de la pasamanería, grecas, etc., y hasta algunas formas geométricas, como triángulos, cuadrados y rombos, por ejemplo, si bien debemos advertir que, como medio de enseñanza matemática, no debe acudir á los ejercicios de entrelazado, no sólo porque empiezan demasiado pronto (casi á la vez que el juego de la pelota), sino porque no se prestan tanto como los que se ejecutan con otros materiales para dar las nociones que con ellos pudieran procurarse á los niños. Cuando más, lo que debiera hacerse es insistir en las nociones que hemos dicho que pueden darse con la ayuda del cordón de la pelota respecto de la línea.

En estos ejercicios necesita la profesora tener mucha paciencia al guiar los ensayos que hagan los niños: dicho se está que se comenzará por las combinaciones más sencillas y por aquellas que sólo exijan dos tiras de papel, siguiendo luego por las que requieran tres, cuatro, etc. Las que se hacen con una tira sola suelen ser las más difíciles.

II

Como repetidas veces hemos dicho tratando de los juegos manuales, lo primero que necesita hacer la maestra es excitar en los niños el interés y la curiosidad. Al efecto, después de tener los alumnos preparados, les enseñará las tiras de papel, procurando mostrarles varias de diferentes colores, y les dirá: